

CATEQUESIS Y EVANGELIZACIÓN

30 Octubre 1977 - Carta - Roma

Evangelizar hoy. - Examinarnos a nosotros mismos. - La autenticidad de nuestras vidas. - El oblato anónimo.

L.J.C.et M.I.

Ayer se clausuraba en Roma el Sínodo de los Obispos sobre la Catequesis; daba continuidad, después de tres años, al Sínodo sobre la Evangelización. Para nosotros, oblatos, que tenemos como misión enseñar a los hombres "quién es Jesucristo", esa reflexión de la Iglesia sobre la catequesis y la evangelización reviste capital importancia. Querría hablaros de ella hoy a la luz de lo que voy viendo en mis visitas a la Congregación.

Evangelizar hoy

Primera comprobación: se ha vuelto imposible evangelizar hoy sin tener en cuenta la dimensión social del hombre y la situación económica y política en que vive. Hace unos días, visitando la provincia de Italia, un obrero me estaba ayudando a revestirme la casulla. Alguien al pasar comentó: "Es un comunista". El obrero, me miró sonriendo: "Sí, comunista... de pega,.. ¡Hay que vivir!".

¡Decir a los hombres quién es Cristo! Hoy ya no se puede separar el hombre individual del hombre social, del hombre enrolado en tal grupo, en tal partido, modelado por tal sindicato o por tal tipo de sociedad. Y a este hombre, que cada vez menos acude a la Iglesia, hay que tratar de abordarlo allí donde está, en casa, en el trabajo, en el sindicato...

Otra constatación hizo el P. Arrupe, sj, en el Sínodo: los lugares clásicos de la catequesis se han vuelto radicalmente insuficientes.

"Estamos demasiado anclados en esos medios tradicionales, El problema es llegar a las personas donde están, formar apóstoles y elaborar catecismos especialmente destinados a la evangelización de los más alejados, La Iglesia debe hacerse presente en los lugares mismos de la escuela laica, del trabajo profesional y de las diversiones".

Tercera comprobación: también ha cambiado mucho el lenguaje de los hombres, mucho más rápida y profundamente que el lenguaje de la Iglesia. Lenguaje de los gestos, lenguaje de las palabras, lenguaje de la imagen y del signo. Recuerdo que un día en Ottawa, al montar al autobús, pagué el billete a una persona joven que no tenía suelto. Yo creía haber hecho una buena acción. Ella me dijo simplemente: "¡Ustedes, los Padres, son ricos!".

Para una Congregación que tiene como fin la evangelización de los pobres, Hay aquí un terrible y apasionante desafío, un desafío que nos invita a revisar tanto nuestra pastoral misionera como la formación de nuestros miembros.

Sé bien qué esfuerzos están haciendo ciertos oblatos, en todas las provincias, por recoger ese desafío. Lo he visto en las 'juntas' de África del Sur, lo he visto en los ambientes obreros en España y en Francia, lo he visto en el centro San Pedro Apóstol de Montreal y en la pastoral renovada del Santuario Nacional en el Cabo de la Magdalena. Sé qué admirable trabajo realizan para la renovación del lenguaje de la fe las sesiones Avex de Lyon y el Centro Novalis de Ottawa, y también qué compromisos se asumen casi en todas partes a través de la Congregación para promover la justicia en el mundo... Son solo unos ejemplos. Ellos invitan a la reflexión.

Examinarnos a nosotros mismos

Como oblatos, como cuerpo apostólico ¿tenemos bastante desarrollada la sensibilidad espiritual para escuchar las nuevas llamadas del hombre de hoy? ¿Tenemos bastante creatividad y audacia, bastante libertad interior para encontrar caminos nuevos de

evangelización? ¿Estamos suficientemente iniciados en el discernimiento espiritual para emitir un auténtico juicio evangélico sobre las situaciones? ¿Tenemos la valentía de someter nuestros compromisos apostólicos a una verdadera evaluación, hecha en comunidad? ¿Tenemos bastante consistencia doctrinal y fuerza interior para no quedar atrapados por los grupos con los que entramos en contacto, sino para evangelizarlos de verdad, quedando fieles al Cristo a quien anunciamos?

Todas estas preguntas me planteo cuando pienso en el apartheid en África del sur, en la escalada de la izquierda en Europa y en el egoísmo de los países ricos, en los regímenes totalitarios bajo los cuales trabajamos, tanto en América Latina y en Asia, como en los países socialistas. Y a veces ciertas cartas de oblatos vienen a hacerme pensar más en ello. Estas frases, por ejemplo, de un hermano que nos ha dejado tras haberse dedicado mucho tiempo con nosotros a los pobres:

"Hace mucho tiempo que usted está esperando esta carta. Se la escribo después de muchos años de búsquedas, de estudios y de luchas... Mi situación actual: soy miembro de un grupo marxista-leninista. Nuestra principal preocupación es preparar la revolución... Eso es lo que para nosotros es fundamental... Pido, pues, la laicización a fin de normalizar mi situación jurídica".

¿Qué es lo que ha faltado en esa vida de oblatos? ¿Habría podido ayudarle más la Congregación, es decir, vosotros, yo y sus compañeros inmediatos?

La autenticidad de nuestra vida

Anunciar a Jesucristo a los hombres de hoy sigue siendo nuestra misión primordial en la Iglesia. Anunciarlo con la palabra, sí, pero más todavía - esta es mi última comprobación - con los hechos y la vida.

Imposible predicar a los hombres la caridad, el diálogo y la paz entre ellos, si no existe entre nosotros la caridad fraterna y el amor. Los jóvenes sobre todo son intransigentes en esto. Imposible predicar el compartir, el desprendimiento, la pobreza, si el testimonio que damos sigue siendo el del hombre rico, incluso del rico de corazón generoso.

En África del sur actualmente varios hermanos tienen que sufrir a causa de su sentido de la justicia y de su fidelidad al Evangelio. De corazón les expreso el apoyo de la Congregación, Y este apoyo fraterno quisiera expresarlo de manera muy especial a los obispos oblatos por su actitud a la par tan evangélica y tan valerosa.

El espíritu de entrega total por las almas, hasta dar la vida, es aún muy vivo en el Instituto. Hace un año, el 23 de diciembre, un oblatos, el P. Reinaldo Beauregard, caía asesinado por malhechores en una misión aislada de la montaña en Lesotho. Unas semanas después, otro oblatos que vive en condiciones de aislamiento bastante parecidas, me escribía: "Me siento siempre feliz aquí... Esa muerte no me ha causado miedo. Si Dios quiere pedirme el mismo sacrificio, que me dé el mismo valor". Al leer esas líneas, me venía a la mente el dicho de san Pablo: "El Espíritu que habéis recibido no es un espíritu de siervos para recaer en el temor..." (Rom 8,15).

El oblatos anónimo

Este testimonio me ha parecido ser el del oblatos anónimo, de quien nunca se habla, pero que se sacrifica en silencio en medio de los pobres, durante 20, 30, 40 y 50 años, todo el tiempo que puede. Se le encuentra en todos los continentes y en todos los ministerios. He visto a algunos de ellos este verano en el Gran Norte canadiense, a otros los encuentro por todas partes en los ministerios ordinarios, sin brillantez, como en las parroquias, en la enseñanza, en las capellanías múltiples que están a nuestro cargo. La inmensa mayoría de la Congregación está formada por esos hombres. Son también profetas. Lo son por su silencio, por su humilde dedicación, por su indefectible fidelidad. Sobre ellos principalmente descansa el Instituto.